



Pontificia Universidad  
**JAVERIANA**  
Colombia

## **Ecología: imperativo educativo**

**Alberto Parra Mora S.J.<sup>1</sup>**

El papa Francisco pasará a la historia por sus análisis ciertos, profundos y documentados acerca de la crisis ecológica y de los graves fenómenos naturales que, siendo causa de las desgracias ecológicas, son también efecto del desastre que vive el mundo enfermo. La valiosa Encíclica de 2015 *sobre el cuidado de la casa común* fue complementada con la Exhortación Apostólica *sobre la confianza*, que pone al descubierto la sinrazón de los negacionistas del fenómeno ecológico mundial, así como el fracaso total o relativo de las políticas de la ONU en sus acuerdos, buenos quizás en el papel y casi inoperantes en la práctica. La parte final de la Exhortación es un llamado clamoroso a las religiones todas para proclamar y practicar la espiritualidad ecológica que es o debe ser compromiso inexorable de todos los creyentes.

Es que la historia general de las religiones, de modo particular las de tradición judeo-cristiana, registra que la experiencia fundamental de Dios o el emerger de Dios en la conciencia humana está ligada a la capacidad de interrogación por el sentido del universo arcano y misterioso, por los fenómenos naturales y por el origen de las criaturas de manos providentes y amorosas. Es la revelación cósmica que, gravemente oscurecida en los largos siglos de las doctrinas y disquisiciones, emerge hoy con fuerza inusitada en plena crisis de las racionalidades ilustradas.

Porque la naturaleza en la modernidad, tras haberse decretado su desencantamiento y desacralización, parece no servir para algo más que para exploraciones del espacio, explotación de recursos y exterminio de bosques y de selvas, contaminación de mares y aniquilamiento de flora, pestilencia de ambientes e irradiaciones destructoras, calentamientos atmosféricos y destrucción incontenible del

---

<sup>1</sup> Doctor en Teología, actualmente profesor titular en la Facultad de Teología, Universidad Javeriana, Colombia. Artículo recibido para su publicación en el Boletín Diciembre 2024 del Centro Virtual de Pedagogía Ignaciana (CVPI), de la Conferencia de Provinciales de América Latina y el Caribe (CPAL) de la Compañía de Jesús.

planeta. La religión siglo XXI deberá acompañar la profunda experiencia ecológica generacional de la postmodernidad, la misma con que se abre en cada nuevo Génesis la historia ininterrumpida de salvación, de la cual la obra de creación es inicio primordial.

El proyecto de salvación que transmiten las confesiones judeo-cristianas consiste en la buena nueva de ser el orden creado el mismo orden salvado. Por eso no es fortuito que las mayores experiencias religiosas estén ligadas con los lirios del campo, la pequeña semilla, el árbol y el fruto, el agua y la vida, el buey y el asno, la tierra fértil, la espiga y el grano, las señales del tiempo de la tormenta sombría o del cielo rosado, de la grey y del buen pastor que da la vida por sus ovejas. Todos ellos no son “mitos” sino el modo sublime de entendernos como seres del espacio y del tiempo, de las estaciones y de las aguas, del trigo dorado de los campos y de *la cena que recrea y enamora*.

La religión postmoderna regresa hoy con gozo a lo mejor de la mística cristiana que tiene sus más entrañables expresiones en el hermano sol y en la hermana luna, en la hermana agua y en la hermana muerte corporal, como sintió Francisco de Asís en su *Cántico de las criaturas*. O en el “mil gracias derramando/ pasó por estos sotos con presura/ y yéndolos mirando/ con sola su figura/ vestidos los dejó de su hermosura” como sintió Juan de la Cruz en su *Cántico Espiritual*. O en el “hallar a Dios presente en las criaturas y en los elementos dando ser, en las plantas vegetando, en los animales sensando y en el hombre dando a entender”, como sintió Ignacio de Loyola en su entrañable *Contemplación para el Amor*.

Toda espiritualidad, y la cristiana en particular, sabe del amor ecológico y practica la ética de la responsabilidad con el cosmos sublime y con el pequeño y hermoso planeta, escenario de ensueño y *mundo de la vida en el que todos compartimos la existencia*, al decir de Habermas.

Por eso y solo por eso, la dimensión ecológica es no solo sustantiva sino exigitiva en todo proyecto educativo que de veras lo sea. Y más -mucho más- si ese proyecto educativo es el ignaciano, aprendido por Ignacio cuando Dios el Señor se le comunicó *como un maestro al discípulo* y lo condujo al conocimiento místico y práctico de las criaturas, allá en Cardoner *cuando el río iba hondo*. Así, la profunda espiritualidad ecológica del discípulo en Cardoner la traslada el Padre Maestro Ignacio tanto al Principio y Fundamento como a la sublime Contemplación para el Amor: en el comienzo y en el final de sus célebres Ejercicios Espirituales signados por la finalidad, amorosa y práctica, de *en todo amar y servir*. Con tales premisas el Fundador de la Compañía de Jesús compone la Parte Cuarta de la Constituciones acerca de los colegios y universidades de la Compañía.

Hoy en la América nuestra -y tanto Flacsi como Ausjal- se abren de nuevo al panorama ecológico ignaciano, al instrumental de la *Ratio Studiorum* y a esa nueva consigna educativa tan mística como práctica: *la misión es el currículo*.